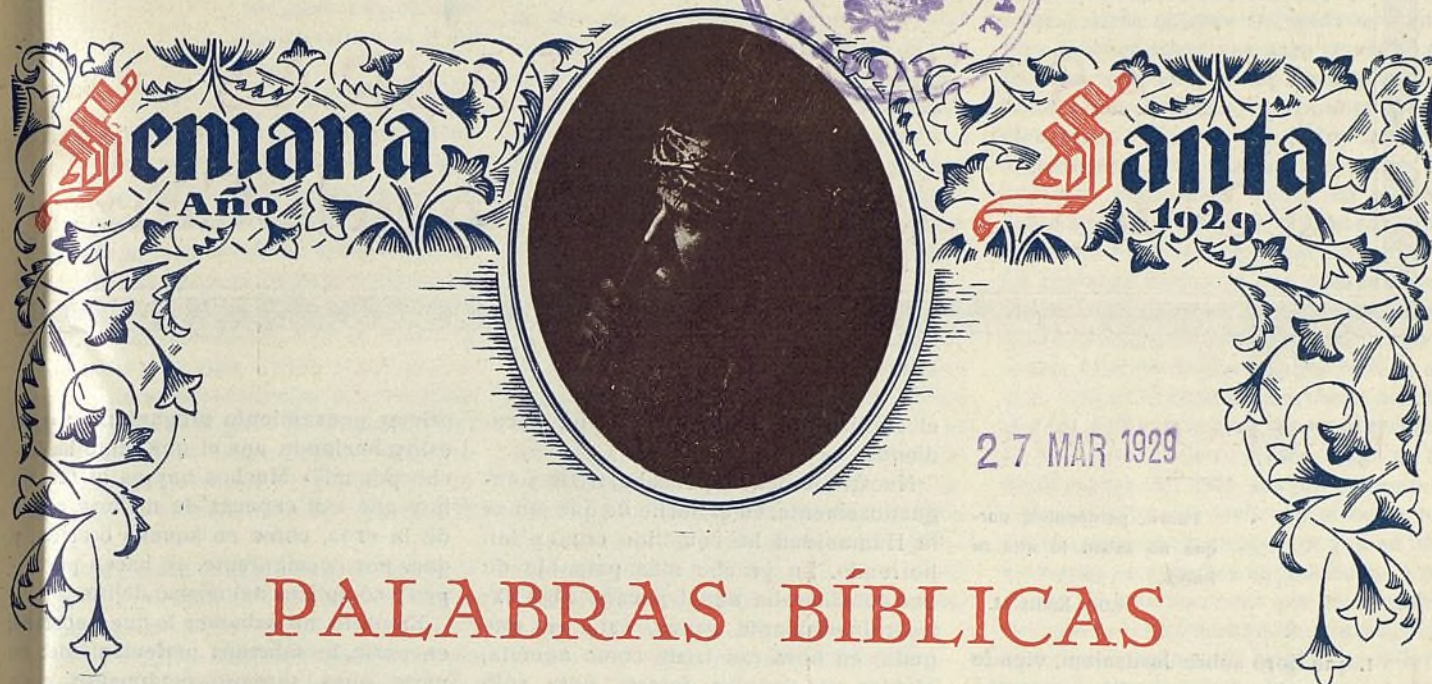


# ESPAÑA\*EVANGÉLICA



## PALABRAS BÍBLICAS

### ANTIGUO TESTAMENTO

Alégrate mucho, hija de Sión; da voces de júbilo, hija de Jerusalem; he aquí, tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, así sobre un pollino hijo de asna.

ZACARÍAS, IX, 9.

Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar.

SALMO XLI, 9.

Despreciado y desechado entre los hombres; varón de dolores, experimentado en quebranto.

ISAÍAS, LIII, 3.

Mas Él, herido fué por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz, sobre él.

ISAÍAS, LIII, 5.

He aquí el fuego y la leña. Mas, ¿dónde está el cordero para el holocausto?

GÉNESIS, XXII, 7.

Y derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalem espíritu de gracia y de oración, y mirarán a mí, a quien traspasaron.

ZACARÍAS, XII, 10.

### NUEVO TESTAMENTO

¡Jerusalem, Jerusalem, que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti! ¡Cuántas veces quise juntar tus hijos, como la gallina junta a sus pollos debajo de las alas, y no quisiste!

SAN MATEO, XXIII, 37.

De cierto os digo que uno de vosotros, que come conmigo, me ha de entregar...; uno de los doce que moja conmigo en el plato.

SAN MARCOS, XIV, 18-20.

Y después que le hubieron escarnecido, le llevaron para crucificarle.

SAN MATEO, XXVII, 31.

Llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, siendo muertos a los pecados, vivamos a la justicia.

1.<sup>a</sup> SAN PEDRO, II, 24.

He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.

SAN JUAN, I, 29.

El endurecimiento, en parte, ha acontecido en Israel hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo.

ROMANOS, XI, 26.

15 céntimos.



# LAS SIETE PALABRAS

## de Nuestro Señor Jesucristo en la Cruz

### PRIMERA PALABRA

Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.

LUC., XXIII, 34.

**E**L que lloró sobre Jesusalem, viendo el terrible delito que iba a cometer, demuestra ahora, con estas palabras pronunciadas sobre la cruz, su inmenso amor por las almas y la gran necesidad que tienen de perdón. No es de extrañar que las primeras palabras que brotaran de sus labios fuesen la expresión de su celo e interés en el cumplimiento de su misión, la salvación de las almas. Grande era el peligro de aquellos deicidas; pero mayor es la compasión del que muere por apartarlos del precipicio de la condenación. Todos necesitamos la intercesión del Hijo de Dios, tanto o más que aquéllos; pero el tiempo apremiaba, pronto iba a extinguirse la vida del Redentor, y era preciso iluminar con un rayo de alegre luz las oscuras conciencias de los que le rodeaban entonces y de todas las generaciones posteriores; era preciso despertar sus facultades todas para que vieran quién era el que pendía de la cruz, era preciso hacerles ver algunos frutos de la Religión: abnegación, amor, perdón; quería demostrarles que tenían necesidad de arrepentirse y ser perdonados, porque sin el perdón del Padre serían los más miserables de los hombres, y las circunstancias del momento en que se profieren las palabras, siempre ejercen más o menos influencia en el ánimo del que escucha. Quizá alguien permanezca indiferente ante las palabras de un Cristo vivo; pero nadie podrá dejar de impresionarse ante un Cristo moribundo, que, en medio de su terrible agonía, pide perdón para sus verdugos. Correspondía así con las palabras que antes había dicho: «Y yo, si fuere levantado, a todos traeré a Mí mismo». Y empieza su obra por sus matadores.

«No saben lo que hacen.» Era tan terrible la tragedia que se estaba desarrollando, que sólo se puede atribuir a inconsciencia o locura. Ni aun los discípulos estaban en condición de medir todo

el significado de lo que estaba sucediendo.

Nuestro Redentor pensaba, triste y angustiosamente, en el hecho de que jamás la Humanidad ha cometido crimen tan horrendo. La prueba más palpable de que consideraba aquel pecado algo extraordinariamente grave, está en que pudo, en hora tan triste como aquella, olvidar sus propios dolores para sólo pensar en el delito de ellos. Mas, a pesar de conocer toda la anchura, y profundidad, y altura del crimen, en seguida encuentra una atenuante: «No saben lo que hacen». Contemplad una vez más el corazón amante y compasivo de Jesús, que se ve impulsado a interceder a favor de hombres tan insensibles y obtusos y que tanto se ensañaban en Él. El caso hubiera sido muy diferente, el crimen mucho más horrible, si se hubiese visto precisado a decir: «Saben lo que hacen». Unos más, otros menos, pueblo, soldados, sacerdotes, Sumo Pontífice, Pilato, Herodes, todos ignoraban lo que hacían. Uno sólo encontramos allí, que sabía perfectamente lo inicuo de aquella acción: Judas, y Cristo no intercede por él. Esto nos demuestra la existencia de pecados más graves que otros. El que peca a sabiendas, con perfecto conocimiento de lo grave de su acción, comete una falta incalculablemente mayor que el que peca por ignorancia.

Al pie de la cruz, las gentes de todos los tiempos obran de la misma manera que cuando fueron proferidas aquellas palabras de perdón. Clamamos contra la maldad e ignorancia de aquellos judíos, y nos olvidamos que en estos mismos días muchos de los que se llaman discípulos de Cristo repiten los mismos actos, porque hoy, como ayer, la mayoría clava a su Salvador en la cruz, y si no taladrarían sus manos y pies, sin embargo, atraviesan su corazón con clavos aun más dolorosos; porque muchos de nuestros deliberados actos, que nuestra conciencia condena, son clavos que penetran hondo en el alma de nuestro Redentor. ¡Cuántos que se dicen cristianos echan sus dados a los mismos pies de la cruz, sin pensar en esa cruz ni en Aquél que por el pecado del hombre cuelga sangrante de ella! ¿No debiera ser nuestro

primer pensamiento preguntarnos: «¿estoy haciendo por el que tanto ha hecho por mí?» Muchos hay en el día de hoy que son capaces de mofarse al pie de la cruz, como en aquella ocasión, que, por consiguiente, se hacen partícipes y cómplices del mismo delito.

En parte, no sabemos lo que hacemos en parte, lo sabemos perfectamente; en parte, pues, seremos perdonados y en parte nuestros pecados serán retenidos. En parte, el beneficio de las palabras «Padre, perdónalos», nos es aplicado, pues por nosotros intercedió el Salvador al mismo tiempo que lo hacía por los de su tiempo. Y si en este momento, cuando la perla de gran precio está a nuestro alcance, si extendemos la mano para cogerla nuestra, si vendemos todo lo que poseemos para comprarla, entonces, indudablemente, Dios, como dice San Pablo, disimulará los tiempos de esta ignorancia (Hech., XVII, 30).

¡Qué cosa tan seria debe de ser el pecado, si todos los pecados deliberados son retenidos, y si aun nuestros pecados de ignorancia tienen necesidad de perdón! Recordemos que cuanto más molesto y persistente es el curso del pecado, tanto más se endurece el corazón, tanto más se endurece el corazón, tanto más difícil se hace el arrepentimiento, cuanto más difícil es el arrepentimiento, tanto más imposible es el perdón.

Debe de haber sido bastante extraño para aquellos hombres endurecidos e insensibles, ver a Jesús caminar hacia la muerte sin la menor queja, sin una protesta y sin lanzarles injurias ni amenazas como era su costumbre oír. Por el contrario, ven con estupefacción que cuando se abren sus labios, es para hablar con el Padre y pedirle perdón para ellos mismos. Sin duda, estas palabras produjeron el primer brote de la conversión del ladrón y el principio de las buenas impresiones del centurión, que no pudo menos que exclamar: ¡Verdaderamente, Éste era Hijo de Dios! Conversión y exclamación que deben ser las nuestras y las de todo el mundo.

ENRIQUE TOMÁS





## SEGUNDA PALABRA

De cierto te digo que hoy  
estarás conmigo en el Paraíso.

LUCAS, XXIII, 43.

**C**RUCIFICARON con Jesús dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda. Nos convenía que el «Amigo de publicanos y pecadores» fuera contado en su muerte con los transgresores para que tuviéramos un fortísimo consuelo los que hallándonos en la misma condenación acudimos a Él en busca de redención y de vida. Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y aun en la cruz tuvo el gozo de rescatar a uno de ellos. Pronto empezaron a cumplirse sus propias palabras: «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos traeré a Mí mismo».

¡Cuán grande es el poder atractivo de la cruz! Los que fían en sus propios méritos y los cegados por el orgullo de su saber podrán mirarla con indiferencia y aun hacerla objeto de sus burlas; pero el alma que despierta a la realidad de su pecado y reconoce su culpa halla en la cruz el remedio de todos sus males, la satisfacción de todos sus anhelos. Así ocurrió a uno de los dos malhechores que fueron crucificados con Jesús.

¿Por qué medio fué movido este hombre al arrepentimiento? ¿Sería la impresión producida en él por la paciencia, la paz y la magnanimidad de Cristo? ¿Sería el testimonio dado acerca de Jesús por sus mismos enemigos? ... El hecho es que al tocar Dios su corazón, inundándolo con la luz de su gracia, su vida entera le resulta odiosa, y dice al compañero: «Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos». Y su fe es tan notable como su arrepentimiento. Cuando todos condenan a Jesús, él proclama su inocencia; cuando todos consideran a Cristo como un impostor despreciable, él le reconoce como el verdadero Mesías, el legítimo Rey de Israel, y exclama: «Acuérdate de mí, Señor, cuando vinieres en tu reino». La respuesta del amor no se hizo esperar: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso».

Admiremos el poder y la buena voluntad de Cristo para salvar. Nunca se vió un hombre en situación tan crítica como el ladrón en la cruz. Jamás contó el maligno con presa más segura, y, sin embargo, de las puertas mismas del infierno sacó Jesús el primer trofeo de su victoria. En los momentos en que agonizaba confería a un pecador la vida eterna. ¿Quién puede desesperar en vista de esto? Por muchos que hayan sido nuestros pecados, «el que a Mí viene no lo echo fuera», dice el Salvador. Una mirada de fe al Crucificado y nuestros deseos se verán cumplidos en mayor abundancia de la que nosotros mismos hubiéramos imaginado.

El futuro más o menos lejano «cuando vinieres», Jesús lo convierte en tiempo inmediato: «hoy»; y el vago «acuérdate de Mí», en la promesa segura de «estar con Él», «Hoy estarás conmigo en el Paraíso». ¿Dónde se habla aquí de Purgatorio? ¿No tendría este malhechor ningún pecado que purgar? Muchos, ciertamente; pero Jesús estaba haciendo la purgación de todos ellos (Hebreos, 1, 3). La sangre de Jesucristo nos limpia de *todo* pecado, y el alma redimida pasa inmediatamente a estar con su Señor.

Tal es la bienaventuranza de los que aceptan el ofrecimiento de salvación que se nos hace en el Evangelio. Mas esta aceptación no debe dejarse para última hora. La Escritura nos habla de uno que fué salvo en el último instante, para que nadie desespere; pero solamente nos habla de uno, para que nadie se descuide. Al «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» corresponde este otro pasaje de la Palabra de Dios: «Si oyereis su voz hoy, no endurezcáis vuestros corazones».

ENRIQUE LINDEGAARD



## TERCERA PALABRA

¡Mujer, he ahí tu Hijo!

JUAN, XIX, 23.

**S**i el orden en que Jesús dijo sus famosas palabras en la cruz respondía a un estado afectivo determinado, y así hay que suponerlo, por ser lo natural, es indudable que el puesto preferente de su atención lo ocuparon sus propios enemigos, para los que pidió el perdón. Después se ocupó del malhechor arrepentido, abriéndole las puertas de su Reino. En tercer lugar, de su madre. Este orden concuerda con el que observó a través de su ministerio.

Jesús no descendió del Cielo simplemente para ser hijo de María, sino para ser Salvador del mundo. La Iglesia de Roma ha caído en el gran error, error que aumenta con el tiempo, de dar a lo primero tanta importancia, que lo ha convertido en la esencia del Cristianismo y en el motivo más simpático de culto. El resultado ha sido hacer a la virgen Diosa y a Jesús menos que ella.

Jesús en la cruz, es Salvador de las almas antes que hijo de María, y por esto, antes que una necesidad material de su bendita madre, está aquella muchedumbre perdida y aquel malhechor arrepentido. Precisamente, esta actitud nos revela su carácter divino, su naturaleza celestial y el objetivo de su Obra. En el Evangelio, antes que todo, y por encima de todo, está la Cruz de Cristo, y sin esta potente realidad, el Evangelio sería un precioso documento, sin la virtud de cambiar nuestra eternidad.

Por otro lado, Jesús nos demuestra la buena relación que puede y debe existir

entre los asuntos del alma y los del cuerpo, entre las cosas del Cielo y las de la tierra. No hay incompatibilidades cuando unas y otras ocupan su verdadero sitio. Hay quienes creen que para servir bien a Dios hay que abandonar los negocios, la familia, etc., etc. Otros, muy opuestamente, piensan que el ocuparse de los negocios espirituales perjudica grandemente los intereses materiales. Tanto en un caso como en otro, y muy principalmente en el segundo, hay gran equivocación y daño. La voluntad divina es que demos a cada asunto su importancia y su tiempo correspondiente. Primero el Cielo, luego la tierra; primero Dios, después todo lo demás; primero nuestra alma, luego nuestro cuerpo. Jesús en la cruz se ocupó primero de los negocios de su Padre, luego de los de su madre. En todo nos dió ejemplo.

Otra lección que Jesús nos ofrece, y una lección muy confortadora, es que en todo momento ve nuestras necesidades. A pesar de las muchas cosas que embargaban su espíritu y lastimaban su cuerpo, pudo fijarse en aquel amado rostro que el llanto bañaba. Puso una mirada de amor sobre su madre, y dióle una palabra de consuelo y ayuda: ¡He ahí tu hijo! Si esto hizo clavado en la cruz, ¡qué no hará sentado a la diestra del Padre! Su pueblo puede vivir tranquilo y confiado, sabiendo que sobre él vela el Hijo de Dios.

Y, por último, es muy cierto que lo que se pierde en Jesús, en Él se encuentra. María perdía momentáneamente un hijo, y un hijo recibía en la persona de Juan. Un hijo de confianza, un discípulo lleno de amor, un buen compañero, que en horas de recogimiento y meditación hablaría del Amado Maestro, de sus promesas, de su sacrificio redentor, y ambos se consolarían con la dulce esperanza de vivir eternamente con Él en el Cielo.

LUIS H. PONZOA



## CUARTA PALABRA

¡Dios mío, Dios mío!, ¿por  
qué me has desamparado?

MAT., XXVII, 46.

**D**ESPUÉS de pronunciadas las tres primeras palabras por nuestro amado Redentor, en las cuales su inagotable bondad suplió las necesidades ajenas; y desahogado el torrente del odio de sus enemigos en aquellas sangrientas burlas y denuestos, con las cuales deseaban hacer más insufribles sus agudísimos tormentos, un solemne silencio de tres horas dominó en el Gólgota.

«Llegada la hora de sexta (las doce del día) hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora de nona (las tres de la tarde)».

Fué un fenómeno extraordinario. No pudo tratarse de un eclipse de sol, puesto que es sabido que la fiesta de la Pascua



coincide siempre con el plenilunio; ni de una súbita tempestad semejante a la que en otro tiempo se desencadenó en respuesta a la oración de Elías; las circunstancias son muy otras. Un escritor que visitó Palestina nos dice: «Grandes masas de nubes bajas avanzan rápidamente desde el mar Mediterráneo algunas veces y cubren Jerusalem con extraña pesadez». Sin embargo, el fenómeno fué sin paralelo, como fué única la escena que lo causó. Aquellas tinieblas eran la participación de la Naturaleza en el dolor infinito de su Augusto Creador; el símbolo adecuado de las tinieblas espirituales que se cernían sobre los hombres y que gravitaban en aquella hora sobre nuestro Salvador, cual Cordero de Dios sacrificado por nosotros. Sobrecogidos de terror, no sabiendo en qué podría parar aquello, aun los más encarnizados enemigos del Señor guardaron silencio; mientras, sin duda, los ángeles puros contemplarían la imponente escena llorando, como no sabían hacer los hombres en su ignorancia, y tratando de penetrar, mientras adoraban los inescrutables designios de Dios, el misterio de aquellos sufrimientos...

Al fin, el silencio fué roto por un grito imponente, que los evangelistas conservan en su lengua materna, hecho revelador de su importancia. «Cerca de la hora de nona, Jesús clamó con grande voz, diciendo: *¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?»* Mientras en los aires quedó vibrando la oración del Varón de Dolores, comenzaron a aclararse las tinieblas, y algunos empedernidos mortales, cobrando ánimo, osaron hacer un juego de palabras, de pésimo gusto de aquella profunda y misteriosa exclamación. ¡A tal grado de ceguera y crueldad puede caer el hombre, que escoge deliberadamente el camino del mal y resiste todos los llamamientos del Espíritu de Dios!

Dignate, oh Cordero inmaculado de Dios, aclarar las tinieblas de nuestro espíritu, para que nos sea provechosa esta meditación.

\*\*\*

*¡Dios mío, Dios mío!* Al oír esta invocación nos damos cuenta de que algo muy misterioso pasa al Amado del Padre. Su invocación favorita era otra. Las palabras del Apóstol aclaran el misterio: «Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres. Y hallado en la condición de hombre se humilló a sí mismo; siendo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz». Estaba pendiente del madero, como verdadero hombre, sufriendo en lugar de nosotros el peso de la ira de Dios contra todo pecado y no podía usar, en tal ocasión, sino esta invocación, tan propia de nosotros los hombres, para que en adelante, cuantos creen en Él, podamos decir: ¡Padre mío, por amor de Cristo!

*¿Por qué me has desamparado?* Consideremos los indecibles tormentos morales que ya le asaltaron en Getsemaní,

## LA NEGACIÓN DE PEDRO

\*

*Lleno de afrentas y de azotes lleno,  
y agotando del odio la amargura,  
camina erguido entre la turba impura,  
el dulce Amado y con mirar sereno.*

*Ruge la turba quebrantado el freno  
del amor, y el furor llega a locura,  
entretanto el Cordero con mansura  
por ella ruega de piedades pleno.*

*Su rostro herido por cobarde mano  
muestra de su alma el padecer, en tanto  
se mira solo entre la turba ciega.*

*Que hasta aquél que por dueño y soberano  
le tuviera y por Dios, con hondo espanto,  
tres veces, ¡ay!, a su Maestro niega.*

J. CHICHARRO DE LEÓN

## DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ



(CUADRO DE VAN DER WEYDEN, EXISTENTE EN EL MONASTERIO DE EL ESCORIAL)

## MURIÓ...

\*

*¡Cristo murió! El mundo se estremece;  
todo lo invade indefinible espanto;  
la tierra se abre, el cielo se oscurece;  
se rasga el velo del altar, y crece  
la confusión, el pánico y el llanto.*

*Ha muerto el Hombre-Dios, el Soberano,  
el gran Profeta, el Sabio más profundo,  
Jesús, Hijo de Dios, del hombre hermano,  
murió en la cruz por el linaje humano;  
su muerte vino a redimir el mundo.*

V. MARÍA BESOAIN

aquel sudor de sangre... y luego acumulamos los insultos, bofetadas y el trato indigno que recibió de los sacerdotes en los palacios de Anás y de Caifás y, finalmente ante el Sanedrín; después traigamos a la memoria la crueldad de la soldadesca en el pretorio romano y en el palacio de Herodes, los mortales azotes de la flagelación, la corona de espinas, los gritos de muerte de un populacho envilecido, la Vía Dolorosa... los clavos que atravesaron sus santas manos y pies al madero de la cruz, los ardorosos rayos solares sobre su cabeza malherida, atormentándole desde las nueve a las doce del día (Mar., XV, 25), dolores indecibles que nuestra mente no puede sondear...

Sin embargo, la más terrible experiencia de la crucifixión del Bendito no fué el sentirse entregado al poder de las tinieblas, sino el abandono de Dios.

¿Por qué ese desamparo? La Escritura ayuda a toda alma creyente a encontrar la respuesta, cuando nos dice que: «Él, herido fué por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados», y «Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros» (Is., LIII), «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición» (Gál., III, 13). «Al que no conoció pecado, hizo pecado por nosotros» (2.ª Corintios, V, 21), «llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero» (1.ª Ped., capítulo II, versículo 24).

Toda la degradación que hay en el pecado, la indignación que la santidad de Dios siente contra toda maldad y los consiguientes juicios divinos que merece el mal de todos los hombres, esa fué la pesadísima carga soportada por nuestro inocente Cordero. Si no hubiera sido verdadero Dios, al mismo tiempo que verdadero Hombre, su peso le hubiera aniquilado por completo; pero siendo lo uno y lo otro pudo perfectamente pagar nuestra deuda a la justicia divina, soportando en su carne la ira de Dios contra el pecado, y así nos restituyó la justicia y vida que necesitamos.

Pero las profundidades de este sacrificio son insondables para nosotros ahora, así como lo son las del amor que lo motivó. Su anchura y longura, altura y profundidad sobrepuja todo conocimiento (Efesios, III, 18 y 19).

«Ahora vemos por espejo obscuramente», y no obstante de las tinieblas del Calvario ha surgido nuestra luz. El Crucificado es nuestro Rey, la infamante cruz se ha trocado en trono de gloria, su sangre es la maravillosa fuente donde se puede limpiar cada pecador y su desamparo es causa de nuestra seguridad y defensa sempiterna.

\*\*\*

Contempla a tu divino Sustituto desamparado del Padre, oh alma extraviada; considera cuán horribles deben ser tus pecados cuando Dios no los pudo sufrir, ni siquiera estando sobre su Inocente Hijo, y ¿los tolerará viéndolos sobre ti



mismo? ¿Osarás continuar impenitente, despreciar las oportunidades de la gracia en esa vida miserable que llevas «sin Cristo, ajeno a la república de Israel y extraño a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo»?

Deja que el Espíritu Santo te instruya en el silencio del Gólgota y te convierta; entonces experimentarás con gozo que hay vida eterna para el que cree en Cristo. Ni uno solo perecerá para siempre de los que buscaron un Refugio en Él. Nadie podrá arrebatarnos de aquellas manos que fueron traspasadas por nuestro bien.

PATRICIO GÓMEZ



## QUINTA PALABRA

Sed tengo.

JUAN, XIX, 28.

**V**ENID conmigo al lugar que se llama Gólgota, y quitemos los zapatos de nuestros pies, porque el lugar en que estamos, tierra santa es, y es menester que nos acerquemos con reverencial miedo. Veamos la figura del Crucificado, majestuosa y sublime, aún en la agonía, y escuchemos las palabras que brotan de sus labios divinos. ¡Con cuánto afán recogemos y atesoramos en nuestra memoria las últimas palabras de algún ser querido! Con más razón debemos prestar atención a las últimas palabras del Hijo del Hombre, nuestro Redentor. ¿Y qué son las palabras que escuchamos? ¿Quejas amargas? ¿Lamentaciones dolorosas? ¿Imprecaciones iracundas? De ninguna manera. Perdón para los enemigos, consuelo para el arrepentido, solicitud por una madre viuda, son las primeras palabras que sentimos. Solamente después de apurar hasta las heces la copa que su Padre le dió, oímos, espantados, aquel grito de angustia, arrancado de un corazón quebrantado de dolor: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?» Luego, pronuncia las palabras «Sed tengo», las únicas palabras que nos revelan algo del intensísimo dolor físico que padeció.

Pero para comprender algo más del alcance de estas palabras, es menester recordar por qué sufrió el Señor.

«Ciertamente llevó Él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores... mas Él, herido fué por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados, el castigo de nuestra paz sobre Él; y por su llaga fuimos nosotros curados... Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros.»

Sí, por nosotros, miserables pecadores, que hemos ofendido y ofendemos continuamente a Dios, murió el Salvador. Murió por mí para salvarme de la condenación eterna, de los tormentos indecibles del infierno. No nos olvidemos de que el mismo Señor Jesucristo asemeja algunos de aquellos tormentos a una sed abrasadora; el rico pidió que fuera enviado Lá-

zaro para refrescar su lengua porque estaba atormentado en aquella llama. Así también, el Señor sufrió los horrores de una sed extremada, para que nosotros no tuviéramos que sufrirla durante toda la eternidad. Esta sed fué profetizada, como vemos en los salmos XXII y LXIX, y Cristo cumplió al pie de la letra todo lo que fué escrito de Él.

Dicen que la sed extremada es el sufrimiento más terrible que se puede figurar, y no faltaba este tormento en lo que se ha llamado «El suplicio más horrible que haya inventado la crueldad humana», es decir, la crucifixión. Hay diferencias de opinión sobre la hora exacta de la crucifixión del Señor, pero lo más probable es que estaría expuesto desde las nueve de la mañana hasta mediodía a los rayos abrasadores del ardiente sol de aquel país. Las espinas en sus sienes, las espaldas laceradas por los azotes, y, sobre todo, las heridas causadas por los clavos atravesando la parte más sensible de sus manos y de sus pies, producirían en poco tiempo una inflamación intensa y una fiebre general que causaría una sed intolerable. Desde mediodía, hasta las tres, las tinieblas aplacaron los rigores del sol, pero la fiebre iría en aumento y la sed, por consiguiente, aumentaría. Era una costumbre humanitaria mitigar estos dolores administrando una bebida narcótica al principio del suplicio, pero esta mitigación de sus dolores el Señor la rehusó; no quiso ofuscar su inteligencia con ningún narcótico; antes quería vaciar la copa hasta las heces. Pero ya llegó el fin; todas las cosas eran ya cumplidas, y después del agotamiento terrible causado por los dolores físicos, y más aún por la lucha inaudita con los espíritus del mal durante aquellas tres horas de tinieblas, pudo pensar un poco en Sí mismo. Mira a aquellos soldados que antes se habían burlado de Él y dice: «Sed tengo». Parece que ellos habían cambiado de actitud. La dignidad del Salvador en medio de los tormentos, combinada con las tinieblas tan extrañas, les habían impresionado, y ahora, compasivos, mojan su lengua, pegada al paladar, con una esponja empapada en vino agrio. No apagaría su sed, pero sería un alivio. ¡Qué no hubiera dado por un vaso de agua fría! Pero Aquel que era la fuente de agua viva no pudo satisfacer su sed. Como dice Carlos Araujo:

«Fácil hubiera sido calmar la sed de Jesús, pero no hubo para Él tal auxilio. Quien tanto consuelo había de darnos, careció de toda consolación en su agonía. Quien había de darnos riquezas infinitas, no tuvo ni una gota de agua en sus dolores. Quien hizo brotar un copioso raudal de agua de la peña de Horeb para que bebieran los israelitas, tuvo que sufrir el tormento de la sed junto al pozo de Jacob y en el Calvario. Quien formó los mares, cubrió de nieve las montañas, hizo que corrieran los ríos, que brotasen las fuentes y descendieran las lluvias, es el que ahora dice desde la cruz: «Tengo sed».

Pero no hay agua para Él, porque nuestra redención había de costarle toda clase de sufrimientos».

Querido lector. ¿Te has dado cuenta de todo esto? El Rey de los reyes, el Señor de los señores, sufrió estos tormentos indecibles, y todo por ti. Parece que escuchamos otras palabras de aquellos labios divinos y que nos dicen con tierno amor: «Todo esto hice por ti. ¿Qué has hecho tú por Mí?» Él pide tu corazón, tu cariño, tu servicio, y por su sudor sangriento en el Huerto de Gethsemaní, por los azotes terribles que recibió, por las heridas en sus manos, en sus pies, en sus sienes, y por la sed que le abrasaba, te ruego que no le deseches, sino que le aceptes como tu Salvador, Señor y Rey.

Pero estas palabras, «Sed tengo», encierran algo más que una mera indicación de los tormentos físicos padecidos por el Salvador. La palabra «sed» siempre se ha empleado en sentido figurativo para indicar un anhelo o deseo ardiente de una cosa. Varias veces el salmista dice que su alma tiene sed de Dios; el Señor Jesucristo llama bienaventurados a los que tienen hambre y sed de justicia, y también hace un llamamiento a los que tienen sed para que acudan a Él y beban. De manera que no es aventurado afirmar que esta quinta palabra de la cruz tiene una significación mucho más profunda de lo que aparece a primera vista, una significación que abarca y sintetiza toda la vida y obra del Salvador. En el mundo físico, una persona que tiene sed no descansa ni puede descansar hasta que satisfaga aquel deseo, y el Señor Jesucristo tenía una sed espiritual, un anhelo ardiente, que no le dejaba descansar hasta que estuviera satisfecho.

En primer lugar, tenía una sed de cumplir la voluntad de su Padre. No sabemos con seguridad si las palabras en el versículo 28, «para que la Escritura se cumpliera», se refieren a la frase que sigue o a la anterior, pero, de todos modos, se desprende claramente que el Señor tenía un anhelo grande para cumplir todo lo que fué escrito de Él, puesto que todo lo escrito era la manifestación de la voluntad de Dios acerca de Él. «Heme aquí», dice, «para que haga, oh, Dios, tu voluntad». Las primeras palabras que escuchamos de sus labios, cuando tenía doce años, son: «En los negocios de mi Padre me conviene estar», y durante toda su vida su constante anhelo era cumplir la voluntad de su Padre, costara lo que costara. «No se haga mi voluntad, sino la tuya», dice en los momentos más amargos de su vida.

Esta sumisión completa, esta sed tan grande de cumplir la voluntad de su Padre, nos sirve de admirable ejemplo. Cristo es nuestro dechado, y, he aquí, uno de los rasgos más característicos de su vida es la obediencia perfecta, la entrega absoluta a la voluntad de Dios.

Queridos hermanos en Cristo, si hacemos un examen de conciencia, ¿podemos



decir que hemos sido imitadores de Cristo en esto? ¿No es verdad que algunas veces y en algunas cosas no queremos hacer la voluntad de Dios? Cuando a Dios le ha placido, por razones que por ahora no vemos, probarnos hasta lo último, ¿hemos aceptado sin murmuraciones ni quejas lo que Él ha dispuesto? Cuando Él nos ha hecho ver que alguna costumbre nuestra, algo en nuestra vida, está en contra de su voluntad, ¿nos hemos apresurado a desarraigar aquella cosa de nuestra vida, cueste lo que cueste? Cuando Él nos ha indicado algún servicio que quiere que hagamos, ¿hemos estado prontos para cumplir su voluntad o hemos inventado mil excusas por no hacerla? Imitemos a Jesús, cumpliendo con fidelidad la voluntad de nuestro Padre.

Notemos, de paso, que el Señor encontró la voluntad de su Padre en las Sagradas Escrituras. En ellas también encontramos la voluntad de Dios para con nosotros, y nos incumbe escudriñarlas constantemente y detenidamente.

En segundo lugar, el Salvador tenía una sed ardiente de almas, un deseo vehemente para la salvación de todos los hombres. Tan grande era este deseo, que le llevó hasta la muerte, y muerte de Cruz, con todos sus horrores e indignidades. ¡Oh, qué amor! ¡Qué inmenso amor! Querido lector, que hasta aquí has rechazado este amor tan sublime y despreciado la salvación conseguida por tan alto precio, ¡puedes aún permanecer indiferente delante de aquel cuadro de sufrimiento y amor divino! El bendito Salvador extiende hacia ti sus manos sangrientas y te dice: «Sed tengo de tu alma, tanta sed, que, para satisfacerla, he derramado mi sangre, mi vida, y todo fué por ti. No me rechaces, recíbeme, y, al recibirme a Mí, recibirás la salvación de tu alma, el gozo perenne, la paz perdurable, que nada ni nadie puede quitar».

PERCY J. BUFFARD



## SEXTA PALABRA

Consumado es.  
JUAN, XIX, 28.

**C**ONSUMADO es el sacrificio supremo, consumada es la suprema maldad, consumada es la redención del género humano. Gólgota es el punto culminante de la Historia, el fin de un mundo viejo, el principio de una nueva creación. Perdonando el mayor crimen que hombres jamás han cometido, Dios perdona todos los pecados a los que creen en el Crucificado. Así, Gólgota es el ápice de la perversidad humana y del amor divino a un mismo tiempo.

Consumado es el sacrificio supremo; por fin Jesús descansa, inclinando su cabeza y encomendando su espíritu en las manos de su padre. Toda su vida había sido un sacrificio constante. «Hoy, en un pesebre, se encierra tu luz; mañana alzarán

tu cabeza en la cruz.» Entre el pesebre y la cruz se desenvuelve la vida más pura, más noble, más desinteresada y más llena de dolores. Nadie podía redargüirle de pecado; todos tenían que reconocer que «jamás hombre habló así». Despreció las riquezas, los honores, las comodidades; era su alimento hacer la voluntad de Dios; hablaba con poder, hacía grandes milagros y no tenía donde reclinarse su cabeza. Los sufrimientos corporales no le importaban; lo que más le dolía era la incompreensión de su pueblo, la poca fe de sus pocos discípulos de verdad. «A lo suyo vino y los suyos no le recibieron»; he ahí cómo su amado discípulo concreta en pocas palabras toda la tragedia de su vida. Viene a salvar a los pecadores y los pecadores le dan la muerte de un criminal; Él viene a darles vida y ellos le dan la muerte. Y todo lo lleva con paciencia. «Como cordero fué llevado al matadero.» Perdona a sus enemigos, ruega por los que le causan indecible dolor. Uno de sus discípulos le vende; otro, le niega; todos le abandonan. Sangrienta ironía que el que se hace llamar Vicario de Cristo se considere sucesor del apóstol que negó al Señor.

Consumada es también la suprema maldad. La muerte de Jesús no sólo fué un error judicial, fué el fracaso más completo de la justicia humana, del poder eclesiástico, del gobierno secular. «Esperamos cielos nuevos y tierra nueva, donde mora la justicia.» La justicia en la tierra es un mito, una mixtificación; quien no lo sabía hasta ahora, en la última conflagración europea lo ha podido advertir, si no le ciega la preocupación o el interés preconcebido por determinada nación. Pero lo que nosotros hemos vivido no tiene comparación con el drama del Calvario. Un Judas, que por 30 pesetas vende a su Maestro; un Caifás, que, aun reconociendo en su fuero interno la inocencia de la víctima, es partidario de que un hombre muera por el pueblo para que no perezca el pueblo todo; un Pilato que no halla culpa en Él, y que por miedo a sus superiores obra en contra de su conciencia; un pueblo que sólo beneficios había recibido de Jesús y que grita: «Crucifícale, crucifícale», y que prefiere que le suelten a un homicida, a Barrabás.

Nunca fué más negra la infamia, la traición, la burla, a todo lo que hay de bueno y de sagrado en la tierra, pero nunca tampoco se reveló tan sublime el amor de Dios. El cordero de Dios lleva el pecado del mundo. Consumada es la redención del género humano. La gracia y la justicia se dan la mano. En vez de destruir el género humano por su negra ingratitud, su abominable maldad, lo redime por la sangre de la inocente víctima, derramada en la cruz. ¿Qué no lo comprendes? Ni yo tampoco. Ninguna de las diferentes teorías de la expiación puede satisfacernos. Y es natural. ¿Cómo vamos a penetrar el pensamiento de Dios? Pero la realidad es cierta; nos lo aseguran

las Sagradas Escrituras, nos lo dice el mismo Jesús: «El que cree en Mí, aunque muera, vivirá; y el que vive y cree en Mí, no morirá jamás». No hay condenación para el que está en Cristo Jesús. Así, pues, con el sacrificio del Calvario, es consumada nuestra redención, la tuya, la mía. «Con Él sufriendo, con Él reinaremos.»

TEODORO FLIEDNER



## SÉPTIMA PALABRA

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

LUCAS, XXIII, 46.

**J**ESÚS murió con una declaración del Antiguo Testamento en su boca, palabras contenidas en el salmo XXXI: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Solamente añade el nombre de padre, tan familiar a su corazón y a sus labios. En este su último acto encomienda su espíritu al Padre, suma de lo que había hecho continuamente durante su vida terrena. Jesús se había dirigido a Él, en su angustia amarga, cuando su corazón estaba desolado, y su alma, un instante obscurcida por tinieblas morales, exclamando en su agonía: «Dios mío, Dios mío...» En el postrer momento vuelve de nuevo su mirada al Padre, y esta vez dice: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

Si las palabras «Consumado es» pueden ser tomadas como el último adiós de Cristo a la tierra que iba a dejar, y en la cual había padecido tantas amarguras y dolores, éstas fueron sus primeras palabras de salutación al mundo nuevo en que iba a entrar, y en el cual no hay dolor, no hay lágrimas, no hay pecado. Bien que Cristo no hiciese más que volver a la morada del Padre, en el cual era desde antes de la constitución del mundo.

Fueron palabras pronunciadas en el momento del sacrificio de la tarde en el Templo de Jerusalem, en cuyo instante el velo que separaba el lugar Santo del Santísimo se rasgó de arriba a abajo, dando a entender que el sacrificio de Jesús había sido aceptado y la muralla que el pasado había levantado entre el Creador y la criatura estaba derribada y el camino a Dios expedito por Cristo, sin el cual nadie puede ir al Padre. Palabras en cuyo momento las rocas se hendieron, algunos sepulcros fueron abiertos, maravillas que estremecieron a las multitudes que rodeaban el Calvario, que, horrorizadas, volviéronse a la ciudad, hiriendo sus pechos, en tanto que el centurión exclamaba estupefacto: «Verdaderamente, este hombre era justo».

Bellas palabras por las cuales Jesús enseña al cristiano a morir. ¡Morir! Cierta número de penduladas del reloj cuenta nuestra existencia. Sabemos el lugar y aun la hora de nuestro nacimiento, pero desconocemos el día y el sitio de nuestra muerte. Llegará un instante en que la vista se nublará, el corazón cesará de la-



tir; en aquella hora debe invadir al cristiano la calma que hubo en Jesús, si busca el apoyo de su Salvador, que como dijo: «Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios». La muerte no es otra cosa que ir a la casa del Padre celestial, cuya perspectiva hacía exclamar a San Pablo: «Para mí el vivir es Cristo y el morir ganancia». Ganancia, sí, «porque ninguna condenación hay para aquellos que están en Cristo Jesús; pues librados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación y por fin la vida eterna». «Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy estén también conmigo, para que vean mi gloria que me has dado».

Este apoyo buscó Esteban, el primer mártir cristiano, y ¿quién podrá dudar que este siervo de Dios, al morir exclamando «Señor, Jesús, recibe mi espíritu», no tenía en su mente las palabras «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»?

\*\*\*

Una vez más en nuestra vida contemplamos en imaginación el cruento drama del Gólgota. Ante el recuerdo de la más tremenda ignominia que el hombre cometió, nuestros corazones se emocionan y quizá resbalan lágrimas de pena por nuestras mejillas, lágrimas todavía más amargas considerando que, después de tantas centurias transcurridas desde aquella tremenda escena, continúan resonando en el mundo las palabras de Jesús. ¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Será culpa de la misma Iglesia cristiana? ¿Será culpa de cada uno de nosotros por no cumplir el mandato «vosotros seréis mis discípulos si hiciereis las cosas que yo os mando»?

Que el recuerdo de las últimas palabras de Jesús en la tierra nos enseñe a amar a todos los hombres, amigos o enemigos, ricos o pobres, sabios o ignorantes, creyentes o infieles, y esto no según nuestro

## MARÍA AL PIE DE LA CRUZ

De pie, junto a la Cruz, como una rosa por una mano bárbara tronchada, estabas tú, María, dolorosa madre de mi Señor, crucificada.

Yertas las manos y angustiosamente trezadas sobre el seno donde un día durmió Jesús... Entonces, dulcemente, con besos a tus besos respondía, y era, para los dos, la vida aquella el triunfo, en un amor, de dos amores y era tu vida, por su amor, tan bella como el camino donde sólo hay flores.

¡Dulces recuerdos de la paz perdida! ¿por qué tan pronto huís? Hoy, tu mirada se agita, como el ave malherida, queriendo verlo todo sin ver nada; mientras las turbas despreciando el llanto de los que, hundidos, en silencio gimen, ante la Cruz, donde agoniza el Santo, un crimen más añaden a su crimen.

¡Pueblo sin corazón, que no supiste callar ante el dolor del desgraciado! Dios es amor y tú lo escarneciste gozando ante el amor crucificado. Tiembla al castigo justo a tu delito; la sombra de la Cruz, constantemente, irá ante tus pisadas de proscrito, hasta que aprendas a humillar la frente.

No llores más, mujer, dulce María, Dios mira tu dolor... Del Crucifijo saldrá la voz amada, en agonía, mostrándote el regazo de otro hijo. Y, más tarde, sabrás lo imprescindible de ese dolor tan tuyo, tan profundo, sabrás más tarde, sí, que era imposible sin esa Cruz, la salvación del Mundo.

De pie, junto a la Cruz, como una rosa por una mano bárbara tronchada, estabas tú, María, dolorosa madre de mi Señor, crucificada...

CLAUDIO GUTIÉRREZ MARÍN

soberbio criterio o raquítica medida, sino «como yo os he amado».

Aprendamos que el poder de Jesús es infinito para salvar aun a los más empedernidos pecadores, aunque se arrepientan en su última hora. Aprendan en Jesús los hijos el amor filial, el respeto, el cuidado y obediencia para aquellos a quienes, después de Dios, les deben todo en la tierra. Aprendamos los padres a educar y guiar a nuestros hijos en el camino de la sabiduría, que, aunque sean viejos no se aparten de ella. Aprendamos a confiar siempre en el Señor, por muchas que fuesen las tribulaciones y las sombras morales que invadan nuestras almas, pues el que fué tentado es poderoso para socorrer a los que lo sean, y Él está con nosotros hasta el fin del mundo. Aprendamos del Amado la paciencia y obediencia en todo a la voluntad de Dios, sin rehuir el sacrificio, si fuese necesario. Exclamemos, henchidos de gozo y santo entusiasmo: «Consumado es». Todo esto juzgado, hay salvación, tenemos vida; el Señor murió por mí.

Por último, coloquémonos bajo las alas del Señor, de manera que, vivamos o moramos, seamos suyos. Presentémonos delante del Santo de los Santos cubiertos con la justicia de Cristo, y como la reconciliación con Dios por la muerte de su Hijo no es más que el primer paso en el camino de salud, abramos todo nuestro ser a la bendita influencia de su amor; dejemos obrar en nosotros la vida de Cristo sus sufrimientos y su muerte; contemplemos este divino Modelo, y vendremos a ser menos egoístas, más tolerantes, más agradecidos, más sumisos, más santos.

Y cuando desfallezca y llegue el día en que yo he de morir; cuando tu reino venga, ¡oh Jesús miol, acuérdate de mí.

MANUEL BOROBIA

Madrid, 28 de Marzo

de 1929. Año X.

Número 479.

ESPAÑA EVANGÉLICA

Periódico semanal.

(VISADO POR LA CENSURA)

Administración:

Beneficencia, núm. 18.

Madrid.



TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA.  
CERVANTES, 28, MADRID